

José Zorrilla

Traidor, inconfeso y mártir

Edición de Ricardo Senabre

DÉCIMA EDICIÓN

CATEDRA

LETRAS HISPANICAS

Índice

INTRODUCCIÓN

Los años de formación	11
El poeta	13
Zorrilla, dramaturgo	16
«Traidor, inconfeso y mártir»	23
Técnica y estilo	35
Nuestra edición	47
BIBLIOGRAFÍA	49
TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR	
Acto primero	56
Acto segundo	105
Acto tercero	148
Índice de voces y construcciones anotadas	197

INTRODUCCION

Los años de formación

Infancia

José Zorrilla y Moral, hijo de José y Nicomedes, nació en Valladolid, el día 21 de febrero de 1817. A los diez años ingresó en el Real Seminario de Nobles, dirigido por los jesuitas. En las páginas iniciales de sus *Recuerdos del tiempo viejo* evocará el poeta aquellos años infantiles: «Halléme yo allí condiscípulo de los primeros títulos de Castilla, y recibí una educación muy superior a la que hasta entonces solían recibir los jóvenes de la clase media.» Pero muy pronto se revelará la auténtica vocación de Zorrilla: «En aquel colegio..., negligente en los estudios serios de la filosofía y las ciencias exactas, me apliqué al dibujo, a la esgrima y a las bellas letras, leyendo a escondidas a Walter Scott, a Fenimore Cooper y a Chateaubriand, y cometiendo, en fin, a los doce años, mi primer delito de escribir versos.» El niño actúa también en las representaciones teatrales que el colegio organiza periódicamente y que corren a cargo de los alumnos. En estas tempranas aficiones encontramos ya, sin duda —aunque prefiguradas y en embrión—, dos de las facetas esenciales del futuro literato: la lírica y la dramática.

Adolescencia

El padre de Zorrilla fue desterrado de Madrid por motivos políticos, y obligó a su hijo a trasladarse a Toledo con objeto de estudiar leyes. Pero el muchacho no tenía vocación de jurista. Él mismo explica cómo en Toledo, «en vez de asistir asiduamente a la Universidad, me di a dibujar los peñascos de la Virgen del Valle, el castillo de San Servando y los puentes del Tajo; y vagando día y noche como encantado por aquellas calles moriscas [...], en vez de llenarme la cabeza de definiciones de Heinecio y de Vinio, incrusté en mi imaginación los góticos rosetones y las preciosas cresterías de la Catedral y de San Juan de los Reyes, entre las leyendas de la torre de don Rodrigo, de los palacios de Galiana y del Cristo de la Vega, a quien debo hoy mi reputación de poeta legendario». En *A buen juez, mejor testigo*, por ejemplo, tropezaremos con una visión crepuscular de Toledo —callejas estrechas y sombrías, rincones misteriosos— cuyas raíces se hallan en aquellas impresiones de los años mozos.

En Valladolid, Zorrilla siguió dedicando su atención a las «piedras, ruinas y tradiciones», mientras leía con entusiasmo el Romancero y admiraba crecientemente a Espronceda y a Víctor Hugo. A fines de 1836 encontramos a Zorrilla en Madrid, donde colabora en un periódico de vida efímera, cuyos redactores acabaron siendo perseguidos por la Policía. El poeta pudo escapar de la justicia gracias a un disfraz de gitano, y volvió a Madrid poco más tarde. Era el 12 de febrero de 1837, justamente un día antes del suicidio de Larra. El dato es importante, porque supone la revelación pública de Zorrilla como poeta. Cuando el cuerpo de *Fígaro* recibió sepultura en el ce-

menterío de la puerta de Fuencarral, un joven de larguísima melena se destacó del grupo de asistentes y, con unas cuartillas en las manos, comenzó a recitar:

Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana:
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.

Ante un auditorio súbitamente fascinado fue surgiendo, verso a verso, el poeta. Aún no había cumplido Zorrilla los veinte años, y él mismo se encargó, andando el tiempo, de recordar aquella primera actuación pública:

Broté como una yerba corrompida
al borde de la tumba de un malvado,
y mi primer cantar fue a un suicida;
¡agüero fue, por Dios, bien desdichado!

El poeta

A partir de este momento, los hechos externos de la vida de Zorrilla quedan oscurecidos por su brillante y popular carrera literaria. En 1837 publica su primer tomo de poesías, avalado con un prólogo de Nicomedes Pastor Díaz. Los influjos de Calderón, Victor Hugo y Lamartine asoman inequívocamente en estas composiciones iniciales. El segundo tomo, que apareció poco después, iba encabezado con una dedicatoria a Juan Donoso Cortés y Nicomedes Pastor Díaz, en la que Zorrilla declaraba: «Al publicar el segundo [tomo] he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací y la religión en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he

creído que mi religión encierra más poesía que el paganismo.» *La Virgen al pie de la Cruz*, composición religiosa, es tal vez lo más notable de estos primeros volúmenes, en el segundo de los cuales aparecen ya dos leyendas: *Para verdades, el tiempo, y para justicias, Dios y A buen juez, mejor testigo*. Este género, mezcla de poesía lírica y épica, es característico de Zorrilla y, en ocasiones, constituye un indudable embrión teatral.

En sus años de vejez, el poeta evocó garbosamente aquellos escauceos iniciales:

Yo era entonces un mancebo
cuyo estro patibulario
el libro y el escenario
de sangre y sombras llenó.
Era moda, era lo nuevo
desenterrar las horrendas
fantasmas de las leyendas
que la Edad Media creó.
La época era innovadora,
audaz, revolucionaria,
y un vago, un prófugo, un paria
fui de su revolución.

El desafío del diablo (1845) y las conocidas *El capitán Montoya* —esbozo de un Don Juan que asiste alucinado a su propio entierro— y *Margarita la tornera*, son leyendas destacadas. Paralelamente, en el extenso poema *Granada* hay algunos de los fragmentos más inspirados y brillantes del poeta.

En 1839 Zorrilla contrae matrimonio con Florentina Matilde O'Really, dieciséis años mayor que él. En 1845 marcha a Francia, donde permanece un año. Volverá a París en 1850, definitivamente consagrado ya como poeta popular y dramaturgo de éxito. Después de residir cuatro años en París, Zorrilla cruza el Atlántico y marcha a Méjico. Allí disfruta de la protección del empera-

dor Maximiliano, cuya muerte, en 1867, le inspirará el poema *El drama del alma*.

Cuando Zorrilla vuelve a España —1866—, su mujer ha fallecido. Tres años más tarde, pasados ya los cincuenta, el poeta se casa en segundas nupcias con Juana Pacheco. Zorrilla, convertido en poeta «oficial», sigue escribiendo y publicando sin cesar, aunque en su producción se notan ya ciertos síntomas de un prematuro agotamiento. El 31 de mayo de 1885 ingresa en la Real Academia Española, con un discurso en verso que es, en realidad, una melancólica autobiografía, que concluye así:

Excusad tan excéntrico discurso:
no puedo ya cambiar naturaleza.
¿Qué más queréis de mí? Clara os he dicho
mi verdad, y podéis o no creerla.
Soy el más popular y el más famoso,
pero el poeta soy de menos ciencia;
miembro inútil a ser en vuestro cuerpo
voy, si tal me aceptáis: tenedlo en cuenta.
¿Ya académico soy? Dios os perdone
error tan grato para mí; sincera
será mi gratitud cuanto me dure
la vida... ¡lo que ya no es gran promesa!
Pero aunque viva siglos, ya mi gloria
no podrás revivir, ¡noble Academia!,
ni en el cielo del arte hacer de nuevo
brillar la luz de mi apagada estrella.
No arrancarán del alma las espinas
las coronas que nimben mi cabeza,
ni me hará creer el pueblo que soy grande
siendo, cual son, mis obras tan pequeñas.

En 1889, el Duque de Rivas, en sustitución de la reina regente, corona solemnemente al poeta en Granada (vid. M. Sancho: *Crónica de la coronación de Zorrilla*, Granada, 1889). Pocos años después, el 23 de enero de 1893, Zorrilla muere en Madrid.